

CARTA PARA DUNA de Alejandro Martinez

Querida Duna,

Llevo mucho tiempo queriendo hablar contigo, pero no me atrevo. Tengo demasiadas cosas que decir. Todos los días camino a tu lado y te contemplo en silencio, sin saber por dónde empezar. ¿Me escucharías? Tú ni siquiera sabes quién soy yo. Demasiados se sientan a tu vera. Por demasiados eres amada. Pero tranquila, esto no es una carta de amor. Ya has recibido muchas. ¿Cómo olvidar la de Johann Strauss? No, yo no soy competencia para su Danubio azul. Ni lo pretendo. No soy más que una pobre chica recién llegada a Budapest. Prácticamente no nos conocemos, pero me cautivaste desde que supe que tus aguas bañan la isla que lleva mi nombre. Necesito hablar contigo, Duna. Tengo demasiadas preguntas. Cuanto más aprendo sobre esta ciudad, más pienso en ti, amiga fluvial.

Todos los días, rigurosamente, paso a visitarte. Pocos son los días en los que solo una vez te vea. Eres tan hermosa y delicada, con tu casi transparente agua azulada, pero a la vez tan imponente y colosal, manteniendo el porte mientras eres navegada. Eres preciosa, aunque seguramente lo ignores. ¿Nunca has podido ver cómo te quedan los reflejos del parlamento que te pones en la noche? Es injusto que la más bella de esta ciudad carezca de imagen de sí misma. A mí, tu imagen, me atrapa. Por momentos me paro a pensar, y me arrepiento de nunca haberme parado a observar al Ebro, antiguo compañero de mis días. Ahora sólo tengo ojos para ti, Duna. Supongo que prefieres que te llamen así, por tu nombre húngaro. Me haces compañía en mis días solitarios, en los que no sé si termino de encajar en este lugar, y tiritando por el frío recuerdo el calor de mi hogar. El otro día, observando las placas de hielo con las que reflejabas el sol, te escribí este haiku:

凍った川や	Kotta kawa ya	El río helado...
骨の震える	Hone no furueru	Temblor de los huesos
懐かしさ	Natsukashisa	Nostalgia

Pero, además de tu belleza, ¿no llevan tus aguas un terrible dolor? Debajo de tu azulada sonrisa, otro río, de sangre, se esconde. Eres vieja, Duna, y Budapest no ha sido un sitio tranquilo hasta hace muy poco. Tiemblo al pensar todas las cosas

que has visto. Bendito sea el pueblo sin historia, pues la historia es documento de barbarie.

Ayer, viendo una película llamada Soy Cuba, me sobrevino la necesidad de escribirte, de preguntarte por tu larga y sangrienta vida. En el monólogo con que comienza esta obra del director Kalatozov, Cuba habla: nos cuenta cómo, sonriente, recibió a aquellas velas con penachos que anunciaban la llegada de Colón, quien la llamó la tierra más hermosa que ojos humanos vieron. Narra cómo, ilusa, creía que le traían felicidad, pero su azúcar se llevaban, y las lágrimas le dejaban. Así me conmoví, pensando en cómo desearía escuchar qué tendrías que decir. Muchas gentes han pisado tus orillas, Duna. Segura estoy de que te han hecho mucho daño.

He intentado aprender tu historia, y me he abrumado. He descubierto que los húngaros, estos extraños asiáticos de Europa con los que ahora convivo, no llegaron a tus orillas hasta muy tarde, pasados casi nueve siglos desde el nacimiento de Cristo. Antes de ellos, tus aguas dieron de beber a los romanos de Panonia, regaron los cultivos de los Hunos, limpiaron las prendas de los Ostrogodos, bañaron los cuerpos de los Ávaros, impulsaron los barcos del imperio carolingio, y, finalmente, acogieron a las siete tribus de los magiares. Ha sido una enumeración muy rápida, sin mayor detalle y despersonalizada, pero tras cada coma, cada cambio de pueblo, incontables conflictos se esconden. Pero no sería capaz de dar cuenta en esta carta de toda la sangre derramada hasta la llegada de vuestro querido Árpád, que nombráis líder originario de los húngaros, sólo superado por el más tardío Vajk, bautizado con ese nombre que recorre tantos rincones de tu ciudad: San Esteban. También su nombre está bañado en sangre. ¿Cuántos crímenes atroces se cometieron a tus orillas en nombre de la cristianización?

Vives en un pueblo complicado, querida Duna. Tus aguas estaban condenadas: A respirar la muerte que los siervos de Gengis Kan sembraban a su paso. A recibir los cadáveres del ejército negro de Matías Corvino. A separar la Buda ocupada por los otomanos de la Pest húngara. A ver morir a aquellos que dieron su vida luchando contra Austria, en los fallidos intentos de independencia, como el de la revolución de Rákóczi, o el de Petőfi en la primavera de los pueblos. Este último, en uno de sus poemas, dijo lo siguiente:

¡Libertad, amor!
Preciso de ambos.
Por mi amor sacrifico
la vida,
y sacrifico por la libertad
mi amor

Duna, cuando lees esto, ¿estás orgullosa de su coraje, o más bien te parecemos estúpidos? ¿No sientes pena por nosotros, que nos matamos por

conquistar tus orillas, cuando tú ofrecerías alegre tus aguas a todos por igual? ¿Puedes entender tantos horrores sin sentido? Nosotros tampoco.

Pero lo que vino después logró superar todo lo sucedido. Duna, tú tampoco pudiste escapar a las dos terribles guerras que nos asolaron. Fue el punto más álgido de nuestra estupidez. ¿Nos odiaste? De todos los animales que bebían de tus aguas, debimos parecerte el más despreciable. Todavía los húngaros prefieren no hablar del tema. Una de mis profesoras me contaba el relato de la generación de sus padres: ante el confinamiento en el gueto que sufrieron sus vecinos judíos, las reacciones fueron ciegas. Su misma casa sigue aún teñida de vergüenza, con un salón coronado por un piano de cola fruto del pillaje que sufrieron los hogares de los desaparecidos. ¿Viste el trajín de muebles, Duna? Me aterra pensarlo. Tantos hogares, extensiones de las personas, desvalijados por sus miserables vecinos: pequeños colaboradores a través de la inacción del gran eclipse que cubrió a Europa, tapando las luces de su razón.

Pienso a menudo en los zapatos que aún pueblan tu orilla frente al parlamento, recuerdo el hecho atroz que tuviste que presenciar, Duna, cuando fuiste obligada a tragar con tus aguas a los cadáveres de los ejecutados a tus orillas. La sola existencia de esos zapatos debería bastar para que nunca algo así se repita. Y, aun así, los descendientes de los que originalmente los portaban, hijos de los nietos de aquellos que te tragaste, parecen haberlo olvidado todo. ¿Está condenada la historia a repetirse? Me aterra pensarlo, Duna. Tus aguas son demasiado bellas, y no quiero que porten más sangre.

Hace poco leía la Iliada, y su canto vigésimo primero penetró mi alma. En él, Aquiles, con su cólera desatada, tiñe de rojo sangre un río tras efectuar una matanza de troyanos, buscando venganza por la muerte de su Patroclo. Pero el río Escamandro no permanece inmóvil ante la barbarie, y transformado en hombre trata de impedirlo con sus fuertes olas. Duna, ¿por qué no hiciste nada?, ¿no podías con tus aguas salvar a los ejecutados?, ¿tan buena es tu naturaleza, que ni contra los nazis despertó en furia? Debiste haberlo destruido todo, no darles tregua. Con tus corrientes, tragar a los verdugos y anclarlos en las profundidades. Desbordar e inundar las vías de los ferrocarriles de la muerte. Pero no hiciste nada. ¿Lloraste al menos sus muertes, Duna?, ¿corrieron más fuertes tus aguas esos días?

Lo que siguió no fue mucho mejor. Los libertadores te encerraron tras el telón de acero, y el nuevo sistema que debía brindar igualdad y justicia, trajo más miseria y despotismo, tan conocido por tu ciudad. Aún se palpan las consecuencias. Mis compañeros de clase sólo tienen una cosa en mente: marcharse. No ven futuro sino en emigrar. En su gobierno, aún se siente ese viejo odio que tantas desgracias causó. Duna, ¿es que tu patria no tiene salvación? Esta ciudad tan bella parece ser solo disfrutable para los turistas. El que trabaja no puede entretenerse en buscar todas las estatuillas de Kolodko que pueblan la ciudad. No puede pararse a contemplar tus aguas y enamorarse de ti.

En ese sentido, soy una privilegiada. Puedo pasar junto a ti las horas que quiera. He tenido la oportunidad de hacer florecer mi amor. Te quiero, Duna. En mi próxima visita, por fin lo sabrás. Meteré esta carta en una botella, y la arrojaré a tus aguas, con esperanza de que puedas leerla antes de que se pierda en el mar negro. Esperaré atenta tu respuesta, sentada a tu orilla, tratando de descifrar tu historia, perdida en el susurro del viento.

Tuya hasta que tus aguas dejen de fluir,

Margarita.